

Ramón Gómez de la Serna: un “mirador”

María Elena Legaz

Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

Ramón, Gómez de la Serna. *El alma de los objetos. Minificciones*. Editado por Rafael Cabañas Alamán. Eolas, 2019, 304 pp. ISBN 978-84-17315-94-8.

Durante su largo exilio en Buenos Aires, Ramón Gómez de la Serna contó con la cercanía de amigos escritores que, como él, apostaban por las estéticas de las Vanguardias en detrimento del Realismo. En el intercambio de correspondencia que se encuentra en su *Epistolario* (1976), Macedonio Fernández lo califica de “genio”, “ilustre”, “artista máximo de la palabra” entre otros halagos. A su vez, Norah Lange lo agasaja en uno de sus antiacadémicos discursos: “A Ramón Gómez de la Serna, agosto 31 de 1941” y cuando está acabando su alocución lo llama “¡Ramón Inconmensurable!” El adjetivo sintetiza no sólo la calidad de la obra sino la extensión. Esta circunstancia le otorga más valor a la Antología *El alma de los objetos. Minificciones*, que realiza el Profesor Rafael Cabañas Alamán.

El Prólogo de la edición da cuenta de su labor de búsqueda —que incluye manuscritos inéditos en la Biblioteca Hillman de la Universidad de Pittsburg— de revisión y compilación de textos a través de una modalidad que integra alguna de las famosas greguerías y otros breves escritos con las características de lo que hoy denominamos “minificciones”. La perspectiva elegida para la selección consiste en focalizarla en los objetos y está justificada por el interés hacia ellos del propio autor. El Prólogo también resume sus definiciones en relación a “las cosas” y cita el ensayo “Las cosas y el ‘ello’” (1934), en el que Gómez de la Serna reconoce “el alma de los objetos”. Por lo tanto, el título elegido para la Antología deviene de las propias palabras del escritor madrileño.

La selección se diversifica y se ordena en cuatro series cuyas denominaciones también están exhaustivamente aclaradas en el Prólogo: “El optimismo vitalista”, “Los objetos y el alma”, “Los objetos insólitos” y “Perspectivas de la muerte”. A pesar de la heterogeneidad de objetos registrados en cada una, la atmósfera animista y vital no varía demasiado ni siquiera en la última, en que la muerte es directa o indirectamente la protagonista; los distintos matices del humor envuelven a los objetos, ya sean éstos cotidianos y banales o marcados por el absurdo. Ahora bien, en ese mundo ficcional y poético a la vez, se visibiliza una tensión entre dos órdenes de objetos dentro de lo que podría considerarse la crisis del objeto propio de las Vanguardias. Por un lado, la serie de “objetos insólitos” estaría ligada con los *ready made* del surrealismo, como los objetos elegidos y compuestos

de Marcel Duchamp: “El collar de ojos” (171), “El telón de espejos” (188), “La vivienda acordeón” (196), “El diccionario de lo que no existe” (193) “Trajes para los sueños” (198), objetos insólitos como aquéllos de los que se rodeaba el escritor. Por otro, está la relación de intimidad de los sujetos con las cosas y su alma. No distingue, eso sí, entre cosas bellas y feas de acuerdo con la norma común: elige a las más sencillas y hasta insignificantes propias de la España de entonces, de sus costumbres y tradiciones. Pero si bien los objetos aparecen como próximos al hombre, a veces la cercanía y la intimidad se quiebran, pues como escribe Rainer María Rilke en *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge* (1910): “los objetos asisten al espectáculo del mundo desde hace siglos y no es extraño que estén corrompidos, que pierdan el gusto de su fin natural y sencillo”.

Las pequeñas historias que se cuentan en las minificciones y se comprimen a modo de aforismos en las greguerías, poseen personajes por lo general ajenos al yo narrador, aunque a veces está presente como testigo de las acciones que ligan a individuos y objetos. Pertenecen tanto al espacio privado como al espacio público, pero en uno y otro “lo nuevo” y “lo viejo” se cruzan e interpelan. Por ejemplo “La silla de manos” (209) tiene un teléfono en su interior, “La pluma atómica” (203) es una estilográfica corriente, pero posee una relación especial con las radiaciones provocadas por una eventual fisión nuclear, “El termo con una carta” (79) ocupa el lugar de la botella de los naufragios con un mensaje adentro. También se registran objetos en desuso como candelabros con velas de cera en “El candelabro de las sonrisas” (168), “Los pendientes de las casas” (155), es decir, los clásicos llamadores o aldabones, los fuelles en “El fuelle de la vida” (101), aunque sirvan de reanimadores de las almas. Otros resultan curiosos porque se han impuesto en latitudes lejanas: “Éxito del sifón” (116) no en España sino en Argentina, en Buenos Aires. Esta minificción, una de las más extensas de la Antología, se ubica en la sección “Los objetos y el alma”. En la misma, el autor realiza toda una tipología: “Cedulario del alma” (113) con una primera división en amargas y dulces y con innumerables subdivisiones. Entre ellas están las almas modernas que parecen hechas en serie y absorben los sonidos propios del vértigo de la Modernidad; por lo tanto, sufren el peligro de la invasión de la técnica. Una de las greguerías de 1917 lo manifiesta: “Da miedo que las vibraciones de los ventiladores, de las máquinas de escribir, del timbre del cinematógrafo cercano y otros muchos ruidos delgados, insistentes nutridos maten la inteligencia, la inutilicen, la mengüen, la hagan polvo” (133).

Ramón Gómez de la Serna es siempre anticonvencional e irreverente y esto incluye a su mirada sobre la muerte, mirada “agujereada” como él la califica. Se vale del absurdo que destruye causalidades y jerarquías para rebelarse contra lo efímero de la vida y su desgaste hacia la nada. Como forma de ampliar sus fronteras, crea dimensiones laterales y fantasmagóricas en las que existen crímenes pasionales, suicidios –hasta del objeto–, máscaras para morir, diversas catástrofes, ritos funerarios, instrumentos de tortura... pero contados (aunque algunos de los episodios sean trágicos), con un tono entre delirante e irónico, con una visión caricaturesca de la finitud. Por eso los objetos que abundan en estos textos son los relojes, que se relacionan con la medida del tiempo, tiempo que puede detenerse; las lámparas, faroles, luces y velas que pretenden ser eternas, pero resultan susceptibles de apagarse y sobre todo los espejos que, como contraparte, introducen otras dimensiones temporales y espaciales.

El libro supone un cuidadoso trabajo, un lúcido derrotero en una obra que merece ser traída al presente. Decía Julio Cortázar en “Los pescadores de esponjas” (“Clarín”, 26/10/1978): “Seguimos respirando el aire de Ramón, su lección inigualada de libertad y de imaginación” ...